

PROSA INMORTAL

Monografías de ficción



los HORRORES de la CIENCIA

CORY DOCTOROW *Googlicos* § NOEL CEBALLOS *El jardín que apenas recuerdas* § ALBERTO HAJ-SALEH *El superhombre* § SANTI PAGÉS *El átomo al servicio de los brujos* § JAVI SÁNCHEZ *Fuego Amigo ON* § FRANCISCO SERRANO *El hotel infinito* § JOHN TONES *Algún tipo de utilidad* § GUILLERMO ZAPATA *Ex Deo Maquina* § ÁLVARO ARBONÉS *Entre los límites de la ciencia y la humanidad*

Ilustraciones de JUAN GARCÍA *y* GUILLERMO MOGORRÓN

PROSA INMORTAL

Monografías de ficción

dedica su primer número a
los HORRORES de la CIENCIA

con los textos y firmas siguientes:

CORY DOCTOROW	<i>Googlidos</i>	pág. 5
NOEL CEBALLOS	<i>El jardín que apenas recuerdas</i>	pág. 23
ALBERTO HAJ-SALEH	<i>El superhombre</i>	pág. 45
SANTI PAGÉS	<i>El átomo al servicio de los brujos</i>	pág. 58
JAVI SÁNCHEZ	<i>Fuego Amigo ON</i>	pág. 86
FRANCISCO SERRANO	<i>El hotel infinito</i>	pág. 97
JOHN TONES	<i>Algún tipo de utilidad</i>	pág. 126
GUILLERMO ZAPATA	<i>Ex Deo Maquina</i>	pág. 137
ÁLVARO ARBONÉS	<i>Entre los límites de la ciencia y la humanidad</i>	pág. 163

La ilustración de portada es de JUAN GARCÍA

La ilustración del avance es de GUILLERMO MOGORRÓN



PROSA INMORTAL
EDITORIAL

Dirigida por
John Tones
Francisco Serrano

Diseñada por
Sergio Aedo

Agradecimientos
Mireia Pérez
Patricia Santiago
Ignacio Cruz

Impresa en los talleres de
Publidisa (Sevilla)

Prosa Inmortal se distribuye bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento — No Comercial — Compartir Igual



www.prosainmortal.com

P R E Á M B U L O

Cómo de inmortal

No tenemos ninguna intención de andar con subterfugios. La prosa que empapa cada una de las páginas de esta nueva publicación es inmortal por su total ausencia de fecha de caducidad. Adoramos los géneros populares y su miriada de mutaciones. Los textos ágiles y directos y la negación de la trascendencia y las imposturas. Prosa inmortal porque es eternamente joven e incorrompible.

Prosa Inmortal es un vehículo de difusión de prosa inmortal. Cada seis meses, una versión impresa y otra digital saldrán al encuentro de sus lectores, ofreciendo una selección de textos de ficción en torno a un tema común. Más un ensayo sobre el mismo.

En este despegue, como buen experimento, nos hemos decantado por las villanías y bondades de la ciencia desbordada. Terror, drama, costumbrismo futurista y un ensayo como guinda y colofón. Y así será en cada nuevo número.

Larga vida a la prosa. Aunque no haga falta decirlo. Porque es inmortal.

fragmento

Googlido

por CORY DOCTOROW

R E L A T O N ° 1

*«Dadme dos líneas escritas a puño y letra
por el hombre más honrado, y encontraré
en ellas motivo para hacerlo encarcelar.»*

—CARDENAL RICHELIEU

«No sabemos todo lo necesario sobre ti»

—ERIC SCHMIDT,
ex director ejecutivo de Google

GREG

aterizó en el Aeropuerto Internacional de San Francisco a las ocho de la tarde, pero no llegó al control de aduanas hasta pasada la medianoche. Se levantó de su asiento en primera bronceadísimo, sin afeitarse, en forma tras un mes en las playas de Cabo (tres días a la semana para practicar submarinismo y el resto del tiempo para sedu-

cir a universitarias francesas). Nada que ver con el desastre barrigón de hombros caídos de hace un mes. Ahora era un dios moreno que atraía la admiración de las azafatas.

Bastaron cuatro horas en la cola de aduanas para volver a convertirle en un hombre. Su leve entusiasmo se había difuminado, le corría el sudor por la hucha y tenía tan tensos los hombros y el cuello que se podía jugar al tenis usando su espalda como raqueta. Hacía un buen rato que se había quedado sin batería en el iPod, que le había dejado sin nada mejor que hacer que poner la oreja en la conversación de la pareja de mediana edad que le precedía.

—Las maravillas de la tecnología moderna—dijo la mujer con un gesto de desprecio a la señal que rezaba «Inmigración»—. Gracias a la Tecnología de Google.

—¿Pero eso no empezaba el mes que viene?—El hombre llevaba un sombrero mejicano enorme, alternándolo entre las manos y la cabeza.

Google hasta en aduanas. Jesús. Greg se había ido de Google hacía medio año, liquidando sus opciones sobre acciones y dándose «algo de tiempo personal»... que había sido menos gratificante de lo esperado. Porque la mayor parte de los cinco meses siguientes los había pasado arreglando los ordenadores de sus amigos, viendo la tele y engordando cinco kilos, que atribuyó a estar en casa en vez de en Googleplex, con su equipadísimo gimnasio abierto las veinticuatro horas del día.

Debería haberlo visto venir, claro. El Gobierno estadounidense había fundido quince mil millones de dólares en un programa para captura facial y recogida de huellas digitales en la frontera que no había servido para detectar a un solo terrorista. Evidentemente, el sector público no estaba preparado para Buscar Bien.

El agente de Seguridad Nacional bizqueaba a la pantalla con ojos llenos de bolsas, aporreando el teclado con dedos como salchichas. Así, normal que se tirasen cuatro horas para sacar a la gente del puto aeropuerto.

—Buenas —dijo Greg, extendiendo su pasaporte sudado. El agente gruñó y lo pasó por la máquina, mirando a su pantalla, tecleando. Mucho. Tenía restos de comida seca en la esquina de la boca que lamía de vez en cuando con la lengua.

—¿Quiere contarme lo de junio de 1998?

Greg levantó la vista de su lectura. —¿Perdone?

—Dejó un mensaje en alt.burningman el 17 de junio de 1998, con sus planes para acudir al festival. Preguntó: ‘¿De verdad es tan mala idea llevar unas setas?’



El interrogador en la sala de examinación secundaria era un tipo viejo, tan delgado que parecía una talla de madera. Sus preguntas iban mucho más allá de las setas.

—Cuénteme sobre sus aficiones. ¿Le gustan las maquetas de cohetes?

—¿Qué?

—Modelismo. De cohetes

—No —dijo Greg—, no, para nada. —Veía hacia dónde iba.

El hombre tomó nota, hizo clic unas cuantas veces. —Verá, se lo pregunto porque veo un pico importante de anuncios de piezas de cohetes acompañando sus resultados de búsquedas y su Gmail.

Las tripas de Greg tuvieron un espasmo. —¿Está mirando mis búsquedas y mi correo? —No había tocado un teclado en un mes, pero sabía que lo que metía en la barra de Google era aún más revelador que lo que le pudiese contar a su psicólogo.

—Caballero, cálmese, por favor. No, no estoy mirando sus búsquedas —respondió con un lloriqueo burlón—. Sería inconstitucional. Sólo vemos los anuncios que aparecen cuando lee su correo o busca algo. Tengo un folleto explicativo. Se lo daré cuando acabemos aquí.

—Pero los anuncios no significan nada —balbuceó Greg—. ¡Me saltan anuncios de tonos de móvil de Ann Coulter cada vez que recibo un correo de un amigo en Coulter, Iowa!

El tipo asintió. —Lo entiendo, caballero. Y por eso estamos hablando aquí. ¿Por qué cree que aparecen tantos anuncios de cohetes de modelismo en sus resultados?

Greg hizo repaso mental. —Vale, más fácil: busque ‘fanáticos del café’. — Había sido un miembro muy activo de ese grupo, hasta que había montado la web para su servicio de suscripción al café-del-mes. La marca con la que pretendían lanzar el servicio se llamaba ‘Jet Fuel’. ‘Jet Fuel’ y ‘lanzamiento’... Normal que eso hiciese que Google devolviese anuncios sobre cohetes de modelismo.

Estaban en la recta final cuando el viejo esculpido encontró las fotos de Halloween. Estaban enterradas en la tercera página de resultados de imágenes para ‘Greg Lupinski’.

—Era una fiesta temática de la Guerra del Golfo —dijo—. En el Castro.

—¿Y usted va disfrazado de...?

—Terrorista suicida —contestó avergonzado. La mera pronunciación de las palabras le quemaba las mejillas.

—Venga conmigo, señor Lupinski —dijo el hombre.



Ya eran más de las tres de la mañana cuando le soltaron. Sus maletas esperaban en la cinta de equipajes detenida. Las recogió para comprobar que habían sido abiertas y cerradas sin el menor cuidado. Su ropa sobresalía por los bordes.

Cuando volvió a casa, descubrió que habían roto todas sus estatuas precolombinas de imitación, y que su camisa nueva de algodón mejicano mostraba una ominosa huella. Su equipaje ya no olía a México, sino a aeropuerto.

No iba a dormir. Ni de coña, necesitaba hablar de esto. Y sólo había una persona que le entendería. Afortunadamente, solía estar levantada a estas horas.

Maya había entrado en Google dos años después que Greg. Fue ella quien le convenció para que se fuese a México cuando dejó la empresa: vete, le había dicho, a donde puedas reiniciar tu vida.

Maya tenía dos enormes labradores retriever color chocolate y una novia muy, muy paciente llamada Laurie, que aguantaba todo en este mundo excepto que 160 kilos de perro babeante la arrastraran por todo Dolores Park a las seis de la mañana.

Maya cogió su repelente de violadores cuando Greg se acercó corriendo a ella, hasta que miró dos veces y abrió los brazos, sujetando las correas bajo sus pies: —¿Dónde te has dejado al resto de Greg? ¡Tío, te has puesto tremendo!.

Respondió a su abrazo, súbitamente consciente de cómo olía tras una noche de googleo invasivo. —Maya —le dijo—, ¿qué sabes de la relación entre Google y Seguridad Nacional?.

Se quedó de piedra al oír la pregunta. Uno de los perros comenzó a gemir. Miró alrededor antes de señalar a las pistas de tenis. —En lo alto de esa farola; no mires —dijo—. Es uno de nuestros puntos de acceso wifi municipales. Una webcam de gran angular. Que no te coja la cara cuando hables.

Desde cierto punto de vista, a Google no le había costado casi nada cablear toda la ciudad con webcams. Sobre todo si a cambio ganan la capacidad de presentar anuncios a sus clientes que toman en consideración dónde están sentados. Greg no hizo mucho caso cuando las cámaras se abrieron al público... Sí, hubo mucho ruido en los blogs mientras la gente se divertía con su nuevo juguete omnisciente, espionando las zonas de prostitución en carretera, pero al poco tiempo dejó de ser excitante.

Greg se sintió un poco tonto y murmuró «estás de coña».

—Ven conmigo— respondió ella, alejándose del poste.

A los perros no les hizo ninguna gracia que se acortase su paseo, y expresaron su insatisfacción mientras Maya hacía café en la cocina.

—Negociamos un compromiso con Seguridad Nacional —dijo mientras cogía la leche—. Ellos dejaban en paz nuestros historiales de búsqueda y nosotros les pasábamos a cambio los anuncios que ve cada cliente.

Greg se estaba poniendo malo. —¿Por qué? Y no me digas que porque Yahoo lo hacía antes.

—No, no. Bueno, sí, claro: Yahoo ya lo hacía antes. Pero no fue por esa razón. Sabes que los republicanos odian a Google. Casi todos los empleados somos una mayoría aplastante de demócratas, así que queremos tranquilizarles antes de que nos aticen. No estamos facilitando IPI⁽¹⁾. Son sólo metadatos, así que no es que seamos completamente malvados.

—Entonces, ¿por qué tanto misterio?

Maya suspiró y abrazó al labrador que estaba topeteando su rodilla con su enorme cabeza. —Los servicios de inteligencia son como piojos. Se meten en todas partes. Aparecen en nuestras reuniones. Es como trabajar en algún ministerio soviético. Y los permisos de seguridad... Nos dividen en dos equipos: los sospechosos y los inmaculados. Todos sabemos quién es sospechoso, pero no los porqués. Yo estoy limpia. Por suerte para mí, ser bollo ya no te descalifica. Nadie que tenga el visto bueno se dignaría a comer con uno de los sospechosos.

Greg estaba agotado. —Así que se supone que tengo que dar gracias por haber salido del aeropuerto con vida. Podría haber ‘desaparecido’ si las cosas hubiesen ido a peor, ¿eh?.

Maya le miró atentamente. Él quería una respuesta.

—Qué.

—Voy a contarte algo, pero no puede salir de aquí, ¿vale?

(1) Información Personal de Identificación, el residuo tóxico de la era de la información.

—Uh, no eres miembro de un grupo terrorista, ¿no?

—No es tan sencillo. Éste es el trato: el escrutinio de Seguridad Nacional en el aeropuerto es una función ventana. Permite a los espías restringir sus criterios de búsqueda. Una vez que te llevan a examinación secundaria en la frontera te conviertes en ‘persona de interés’ y ya nunca te sueltan. Escanean webcams en busca de tu cara y tu forma de andar. Leen tu correo. Monitorizan tus búsquedas.

—Creía que habías dicho que los tribunales se lo impedirían...

—Los tribunales no les dejan googlearte indiscriminadamente. Pero una vez que entras en el sistema, se convierte en una búsqueda selectiva. Todo legal. Y una vez que empiezan a googlearte, siempre encuentran algo. Todos tus datos van a parar a un servidor gigante que comprueba ‘patrones sospechosos’, mediante desviaciones de las normas estadísticas para pillarte.

Greg estaba a punto de vomitar. —¿Pero cómo coño ha pasado algo así?! Google era un buen lugar. ‘No hagas el mal’ y todo eso—. Durante un tiempo fue el lema de la empresa y, para Greg, había sido la mayor influencia a la hora de llevarse su doctorado en Informática desde Stanford hasta Mountain View.

Maya respondió con una risa ácida. —¿No hagas el mal? Venga ya, Greg. Nuestros lobistas son la misma panda de criptofascistas que desacreditaron a Kerry con mentiras. Hace mucho tiempo que dejamos de ser vírgenes de toda maldad.

Ambos permanecieron mudos un minuto.

—Todo empezó con China —dijo ella al fin—. Una vez que instalamos servidores en el continente pasaron a estar bajo jurisdicción china.

Greg suspiró. Conocía muy bien el alcance de Google: cada vez que visitabas una página con anuncios de Google, o usabas Google Maps o Gmail -incluso si enviabas un correo desde otra cuenta a una cuenta de Gmail-, la compañía registraba esa información con diligencia. Hacía tiempo que el optimizador de búsquedas había empezado a usar datos que asociaban cada búsqueda web con el

resto de datos del usuario individual: la herramienta perfecta para los anunciantes, o para un gobierno autoritario con otros usos en mente.

—Nos han usado para pergeñar perfiles de personas —continuó ella—. Cuando querían detener a alguien, venían a nosotros para encontrar una razón con la que enchironarles. Hay pocas cosas que puedas hacer en Internet que no sean ilegales en China.

Greg agitó la cabeza. —¿Por qué tuvieron que poner los servidores en China?

—El gobierno dijo que les bloquearía igual. Y Yahoo ya estaba allí.— Ambos hicieron una mueca. En algún momento, los empleados de Google se habían obsesionado más con Yahoo, con lo que estaba haciendo la competencia en vez de con cómo se hacían las cosas en casa. —Así que lo hicimos. Pero a muchos no nos gustaba la idea.

Maya dio un sorbo al café y bajó la voz. Uno de los perros olisqueaba insistentemente los bajos de la silla de Greg.

—Casi al momento, los chinos nos pidieron censurar resultados de búsquedas —dijo Maya—. Google accedió. La excusa era hilarante: ‘No estamos haciendo el mal: ¡estamos dando a los consumidores acceso a una experiencia mejorada de búsqueda! Si les mostrásemos resultados a los que no pueden acceder se frustrarían. Sería una mala experiencia para el usuario’».

—¿Y ahora qué? —Greg apartó al perro. Maya parecía dolida.

—Ahora eres una persona de interés, Greg. Estás Googlespiado. Ahora te toca vivir una vida en la que alguien va a mirar cada segundo por encima de tu hombro. ¿Sabes cuál es la definición de los objetivos de la misión? ‘Organizar la Información Mundial’. Todo. Dales cinco años y sabrán si has cagado duro o blando antes de que tires de la cadena. Combina eso con la sospecha automatizada sobre cualquiera que cumpla cierto perfil estadístico sobre quién es un delincuente y estás...

—... googlido.

—Del todo— asintió ella.

Maya se llevó a los dos perros hasta el dormitorio. Greg escuchó una discusión indiscernible con su novia, aunque volvió sola.

—Puedo arreglarlo— dijo con voz queda—. Después de que los chinos empezasen a detener a gente, mis compañeros de grupo y yo decidimos que nuestro proyecto del 20% sería joderles vivos⁽²⁾ Lo llamamos el Limpiagoogle. Penetra hasta el fondo de la base de datos y te normaliza estadísticamente. Tus búsquedas, tus historiogramas de Gmail, tus patrones de navegación web. Todo. Greg, puedo limpiar tu Google. Es la única manera.

—No quiero meterte en líos.

Ella negó con la cabeza. —Yo ya estoy condenada. Cada momento desde que construí esta jodida cosa ha sido tiempo de más: ya sólo me queda esperar a que alguien señale mis habilidades e historial a Seguridad Nacional y... no sé, que me hagan lo que le hacen a gente como yo en la guerra contra sustantivos abstractos.

Greg recordó el aeropuerto. El registro. Su camisa, la huella que la recorría.

—Hazlo— dijo.

* * *

El Limpiagoogle obró maravillas. Greg podía verlo por los anuncios que saltaban con sus búsquedas, anuncios obviamente dirigidos a otra persona: Pruebas del Diseño Inteligente, Curso para Seminaristas Online, Un Mañana Libre de Terror, Bloqueador de Porno, El Plan Secreto Homosexual, Entradas para Toby Keith... Ahí se veía cómo trabajaba el software de Maya. A los ojos de Google, Greg era

fragmento

El jardín
que apenas
recuerdas

por NOEL CEBALLOS

RELATO N° 2

**1889, CONFERENCIA
MÉDICA DE BERLÍN.
O, AL MENOS, ESO
ES LO QUE EL DOC-
TOR, QUE LLEVA
UN BUEN RATO
ESPERANDO EN EL
HALL DE ENTRADA
AL BALNEARIO
DE WILMERSDORF,
PARECE CREER
A ESTA HORA
DEL CREPÚSCULO.**

Para empezar, la arquitectura del lugar presenta contradicciones, no tanto con la castigada memoria del doctor sino, Dios Misericordioso, consigo misma. Columnatas y arcos se retuercen de forma

antinatural sobre su propia superficie, casi obedeciendo a un diseño inteligente que él no sabe a quién atribuir. Puertas correderas que conducen a esquinas opuestas de la misma sala. Pasillos sin fondo, o que conectan dos niveles de una sola zancada. Fracturas extrañas en las balaustradas de cemento. Escalones dentro de escalones. Fuera, tras el arco de entrada, en los jardines ortogonales abigarrados por coníferas y el pabellón de cristal donde el doctor debe dar su conferencia en unos minutos, la gente se arremolina confusa, almas perdidas bajo las inclemencias de un cielo que se diría estructurado en círculos concéntricos, manchas de color (beige, pardo, fuego eléctrico) que se mueven siguiendo patrones y guiadas por un horror casi infantil al vacío. El doctor ha visto esto antes: sólo tiene que conseguir recordar dónde.

Primero, lo básico. Se llama Johann Gottlieb Burckhardt, doctorado por la Universidad de Basilea, director de la *Préfargier* a los cuarenta y seis años, repudiado por todos cuando decidió llevar demasiado lejos la división cartesiana (viejo chiste de perdedor, hace mucho tiempo que no espera que nadie se ría). Viudo. Ocho hijos, le sobreviven siete. Una vida entera luchando infructuosamente contra su olor corporal, o más concretamente contra la certeza de que los demás reciben de él un aroma desagradable que él mismo no es capaz de percibir, menos aún de controlar. En la mano tiene un libro antiguo, abierto por una página al azar en la que puede leer el aforismo «*Quisque suos patimur manis*». Mira en sus bolsillos: unas cuantas monedas, un reloj parado a las dos menos cuarto, un papel arrugado con unas señas que un día pensó que serían importantes, una fotografía de Elisabeth a la que procura no mirar fijamente. Desconoce cuánto tiempo lleva aquí ni cómo ha llegado. Entiende que debe estar en 1889, aunque tiene recuerdos borrosos del cambio de siglo: sus primeras navidades en Riehen, la firma del contrato de arrendamiento para la nueva clínica, la enfermedad de Emil, la lluvia incesante durante la llegada de los primeros internos. Debe,

por tanto, asumir lo peor. Se administra a sí mismo un diagnóstico severo y se levanta del sillón en el que ha estado hundido demasiado tiempo: en ese preciso instante, un cuarteto de cuerda, que había permanecido agazapado en un rincón poco iluminado del hall hasta el momento ha acabado de afinar sus instrumentos y comienza a tocar una pieza perteneciente a la infancia del doctor. Todo en orden, pero la clave es incorrecta. Bien, será mejor ponerse en marcha, pues hay profesionales esperando en el pabellón de cristal y Gottlieb no tiene intención de que sus antorchas encendidas comiencen a quemarles las yemas de los dedos.

Mientras se adentra en el balneario, recorriendo pasillos apenas recordados, pisando moquetas tan suaves que podrían pasar por arenas movedizas, el doctor no puede evitar fijarse en la gente que está de paso, la gran mayoría presa de un nerviosismo rayano en la histeria. ¿Será igual para todos ellos? Probablemente no: ese pobre niño, lazo al cuello y pantalones cortos, no debe de tener un archivo cerebral tan profuso como el suyo, así que probablemente estará en un patio cercano a su casa, o quizá en el cobertizo de algún abuelo al que tuviese especial cariño. Esa joven moderna, vestida a la moda de estos días, el signo del deseo en su mirada... Oh, no tiene sentido imaginar dónde cree estar ella, ¿verdad? ¿O quizá es el momento de hacerlo, teniendo en cuenta que las cosas difícilmente podrían ir peor para alguien que, al fin y al cabo, ya está aquí? No ha acabado de formular este pensamiento y la decoración del lugar empieza a cambiar, mostrando al doctor una serie de mosaicos y estatuas eróticas que hace un segundo ni siquiera estaban allí. Los baños, saunas y salas de relajación parecen agrupados por categorías, aunque el doctor no tiene intención de entrar en ninguna que no le corresponda. Por momentos, sentía como si intentara recomponerse a sí mismo, moviendo piezas y fragmentos de memoria hasta hacerlos encajar.

Él ya había estado aquí antes, hace muchos años. Hay habitaciones y galerías que le resultan familiares, pequeños vestigios de

algo que un día fue distinto y que, desde entonces, parece haberse reproducido como tejido viviente. Quizá se podría trazar un mapa cronológico del lugar, pues hay zonas recién construidas y otras que parecen vestigios inmemoriales, por no hablar de las sutiles diferencias que marcan los espacios comunes y lo que, a todas luces, parecen zonas exclusivas del doctor; cámaras, estancias y patios donde sólo él ha puesto el pie. Su memoria muscular le guía por un pasillo decorado con más pinturas obscenas: procura que su mirada se centre en la puerta que ya se empieza a vislumbrar al fondo, el lugar de perderse en esas representaciones del pecado que, en cualquier caso, nunca llegaron a tener tanta importancia en su vida. Bueno, un pequeño vistazo resulta ineludible, ¿no es así? Sólo para confirmar las sospechas sobre la arquitectura del lugar y, demonios, sobre el particular estado mental en el que se encuentra ahora el doctor. No le cabe la menor duda de que el autor de los cuadros, a quien una vez llegó a conocer tan bien, ha logrado de alguna manera extender su idiosincrasia pictórica más allá del lienzo mismo, dinamitando las fronteras metafísicas del marco y contaminando así las paredes, techos, columnas, arcos, puertas, ventanas, piezas de mobiliario, ornamentos. «Así que estoy dentro de la cabeza de Wölffi», piensa, antes de permitir que su mente contemple la pavorosa posibilidad de que resultaría igual de válido asumir que Wölffi está dentro de su cabeza. Por fin agarra el pomo de la puerta y puede ver lo que hay al otro lado: esa misma habitación con sillas de madera en la que estuvo hace muchos años, con los balcones abiertos y el frío viento de los Pirineos envolviéndolo todo con un aroma dulce a lavanda, similar al perfume de ella. El doctor mezcla deseo con recuerdo y siente una punzada de estilete en su corazón al evocar mañanas en este mismo balneario, su rostro recién levantado inclinándose sobre la tumbona y besándole en la frente, el sol atrapado en su cabello rubio, prueba certificada de la existencia de ángeles, luz cegadora que, desde su partida, sólo ha existido para el doctor en forma de anhelo onírico.

Por su puesto, no está aquí. No hay sitio para ella, ni posibilidad de recurrir a lo órfico en esta versión (su versión) del mito.

Ha llegado la hora de buscar a Wölflí.

Los dos hombres se conocieron en la primavera de 1900, cuando el doctor, ya anciano, hizo una visita a sus antiguos colegas de la Clínica Waldau, en las montañas de Berna. Wölflí se refería a sí mismo como San Adolf II, y reaccionaba mal cuando el personal del hospital le llamaba cualquier otro nombre. Por supuesto, Gottlieb jamás tuvo intención de acceder a las exigencias de uno de los internos, lo que les convirtió casi en enemigos instantáneos. Primera visita rutinaria a su celda: paredes pintadas con esas formas geométricas y explosiones de color que el doctor ve reproducirse ahora en el balneario, como una forma especialmente virulenta de hongo tóxico. Él era un hombre corpulento y robusto, con un bigote que se diría extensión de su propia personalidad. Un vistazo a su cuadro médico convertía al artista aficionado en un rompecabezas fácil de resolver, con una dosis más que considerable de abusos infantiles por parte de su padre, que bebía cada noche y llegaba a casa con cierta necesidad urgente de calmar su frustración sexual y afectiva sobre el cuerpo del pequeño Adolf, que logró salir de ese agujero en el barrio pobre de Berna (¿cuál no lo era?, se pregunta el doctor) a los diez años, presumiblemente bailando sobre el cadáver aún caliente de esa bestia a la que llamaba Padre. Una víctima más del malestar nacional. Coleccionó hogares de adopción, trabajó en granjas a lo largo y ancho de la Suiza rural, intentó honestamente un acercamiento al sexo débil, tiró la toalla cuando la hija de un granjero lo rechazó entre carcajadas, pasó largas noches desempleado mirando el fondo de una botella vacía mientras probaba diversas y muy creativas formas de asfixia autoerótica, rituales sucios con los que pensaba que iba a mantener a raya a la Bestia. Se alistó en el ejército y, pocos meses después, fue acusado y condenado por abuso infantil, algo relacionado con la Bestia moviendo sus fichas a toda velocidad mientras Wölflí no miraba, jaque mate, el rey ha caído. Padre triun-

fante. Salió de la cárcel, volvió a violar, fue declarado mentalmente enfermo e ingresado en Waldau. Psicosis, alucinaciones severas, celdas de aislamiento, ataques violentos a los otros internos, incapacidad para responder a los órdenes del personal, pinceles bañados en sus propias heces, semen secándose en las paredes mientras lloraba cada madrugada en lo que sería su hogar durante el resto de su vida adulta.

Gottlieb nunca se interesó por su arte, por más que uno de sus antiguos colegas, Walter Morgenthaler, intentase convencerle de que era posible que un paciente psiquiátrico fuera, también, un genio. El doctor sólo veía caos en aquellos lienzos. La música y la pintura deben tranquilizar el espíritu, no sacudirlo y llenarlo de pensamientos oscuros. Un cerebro dañado jamás podría aspirar a comprender la serena satisfacción que uno siente ante una obra verdaderamente perdurable. El paciente no tenía formación alguna, incluso la despreciaba: simplemente, cogía los pinceles y los movía a la deriva, de manera casi automática. El resultado tenía más que ver con pesadillas fruto de la más pavorosa arbitrariedad que con ningún maestro que Gottlieb hubiese admirado jamás en el Landesmuseum. Morgenthaler coleccionaba esas aberraciones, las conservaba, las categorizaba. Decía que había un orden casi geométrico en su caos, un método en su locura. Decía que algún día escribiría un libro sobre ellas. Decía que el nuevo siglo estaba contenido en esos trazos confusos y desordenados, plasmación perfecta de una psique resquebrajada y condenada, más allá de toda salvación.

De las anotaciones de Walter Morgenthaler, 20 de noviembre de 1904: «Cada lunes por la mañana, Wölflí recibe un nuevo lápiz y dos largos rollos de papel. El lápiz se ha consumido a los dos días;